La voz cantante

Ida Vitale

1 — Se resolvió a rizar el rizo a la hora en que la playa se cubría de lacios apotegmas. No razonó lo justo. Estaba fuera de jurisdicción, se aclimataron jubilosos los israelitas, ya concedidos a no sembrar ni segar por siete semanas de años: sin cuenta, cincuenta. Habrá que.

2 — ¡Qué jindama! ¡Apareció el jigüe! Son descendientes de cambujo y china, nueva milicia, jóvenes traslaticios casi invulnerables. Inválida, amén de indoeruopea, pero no interiormente zigomorfa, recibirá ithos y pathos en lluvia ácida, sin llegar a estar nunca mitridatizada. Y para ponerse a salvo responderá: *quizás*, involuntaria fórmula de cortesía del corazón.

3 — Llegó —*sinn fein*— hebdomadario el rabdomante que dudaba entre el kirieleison y el kuomintang —*timeo Danaos et dona ferentes*— y sin saludar al huésped descubrió que ahora, miserandas, todas las serpientes dormían despavoridas bajo la hierba, aunque no escondieran mucho el color de su piel. ¿Y ahora qué hacemos con las lenguas? Tendríase que consultar al mismo que viste descalzo. O a Nicandro de Colofón, acerca de cómo los hombres perdieron su juventud en provecho de las serpientes.

4 — Batalla de los centauros y los lapitas, lección de cosas. ¡A explorar, Pietro Bembo, el Etna! A recuperar la ciencia perdida, el tiempo perdido en los ríos de Babilonia. Con el pie en el estribo, a renacer como si se tratase de la pájara vida. Ay, un Fénix que no sea fenicio y que, persa, no castigue por un solo pecado. Alma del Buey, lógrame el paraíso aunque maté al Fuego.

5 — Orfila enfila hacia la cocina desde la cina – cina. Va a celebrar, reciente de resina. Oxilia, la axila cerúlea, la exime de hacinarse cerca de la cecina y accede a asignarle un sitio exento de óxido. Luego se exilia. Esto guarda ceñida relación con el usurpador Smerdis, un mago sin duda oracular que hacía grandes oblaciones abracadabras con miras al trono de Persia, de modo que el erudito Herodoto, de Coria, ¿quién lo diría?, ancilar, levantara una punta del tapiz y así pudiera incluir el episodio en sus investigadas, halicarnásicas historias. Disponiendo de un caballo, un vaisya y un ksatriya, nos agasaja con Jerjes y más erjes y al fin Artajerjes, que ya no hay paciencia.

6 — Trampas del aire, aristas, X de esas esquinas en que lo desconocemos. Celebramos la O por lo redondo y creíamos que el aire lo era y no, se le ha ido todo el azul, toda la luz por los cantillos y ya no es una esfera para la feria, febril de felicidad. Es sólo, desarticulado, lo que queda entre paredes paralelas, habitáculos para nadie, mal paridos, prisiones para dejar fuera los pájaros.

7 — El Yo y el acto del Yo se encontraron en la arena. No en el circo: en la playa. Jugaban al volante la clave de la vida, insatisfechos volaban, entre la realidad y el deseo. Con toda justicia también estaba el mar —la flor azul todo él. Mareado, amargo, esperaba la amistosa voz amplificada: "Señores, no se trata de lo exterior... Únicamente de nosotros mismos... Señores, pensad el mar... Habéis pensado... Y bien, pensad en el que ha hecho el mar."

8 — Nada es gratuito. Ni el relámpago. Pagarás cada iluminación, hora tras hora librada a trabajos y días y no verás libro de horas, paisaje iluminado, miniado. Ciudad de damas no. Todo será Jean de Meung. Explotarán minas aterradas para Cristina de Pisán. *Quand le temps sera venu*. Sin que llegue la Doncella antes de la muerte.

9 — El Aleluya agita sus alas a izquierda y derecha, arriba y abajo, como ángel travieso o golondrina joven y acepta ser Bach, ser Haendel, ser Vivaldi, ser Mozart, felizmente aferrado al sueño de una época. Se alzó gótico, barroco. ¿Se derrumbará, como tantas cosas, con lo sagrado, como el halo de aquel ángel en el fango de la calle?

10 — Hartas las aciagas de cortar hilos resolvieron tejer: ser constructivas. Apenas ajenas hilachas tenían a su alrededor, muchas ni prolijamente cortadas siquiera, sino jirones desgarrados, inservibles porciones de estambres ya incoloros. Sólo del aire disponían, y no podemos decir que no sea de segunda mano. Pronto comenzaron a rezumar fantasmas grises, obras de bolillo, ganchillo, dos agujas, bordaban, *petit point*, sobre anteriores tramas. Ahora las vidas son informes, lipemaníacas, con mala terminación. Monótonas. Suberosas.

11 — Entre *el pozo del silencio y el enjambre del ruido*: abemola, Abenamar, no la toques ya más que así es la raza y no abrumes que no hay segunda edición de la vida. Después, será el itinerario eterno. Entonces habrá llegado tu Turno. —No, es Dido quién así corre— se inmiscuyó, eneasilábico, Eneas, pasando por el foro, fuera de época pero siempre inmejorable.

12 — ¿En qué podía emplearse un lábaro, puesto de por medio, como en epéntesis, sin que nadie sepa qué hacer con tal sobrante, en pleno siglo veinte? Casi que no había otro remedio que subirlo a un esquife, enviándosele un céfiro que pudiese orientarlo hacia un vergel que a la ribera de la playa estaba; verbigracia, se intentó con el en desuso lábaro una palingenesia. Pero —¡agüaita la laucha!— le expletó un Patricio mientras le veía pasar. y tuvimos colisión y naufragio súbito sin efusión verbal.

13 — La ralea del azor son las palomas. La shoshanah bíblica no es la rosa sino el lirio. ¿En qué playa amanece alguna vez un sol de justicia? Es muy difícil coaptar sin pérdida un texto fracturado. Ni que hablar de un pretexto. Mejor, irse a vivir por un tiempo dentro de una piedra, como propone O.. ¿Qué, si se diera? Pero el tiempo es piedra sin fractura posible.

14 — Se suceden insucesos. Entre él que oscila y tú, Caribdis, más valiera retirarse por la fosa. Reunido el sínodo, el concilio, se suceden unos a otros, sí, no, simples, dan consejos para llegar a ser suma. Y anda de arrebato en arrebato la sinrazón. Ni un ágave ni un adarme, ni un polipasto ni, mucho menos, un palimpsesto, la cabila casi habla por señas. Proclama que ha llegado la hora de nadie. Nada entre dos aguas, nada entre dos platos y mucha schadenfreude.